

SEMANA SANTA DONOSTIARRA

HISTORIA Y ARTE

La Semana Santa se celebró en San Sebastián con extraordinaria solemnidad y con gran lujo hasta el infausto año de 1813.

Sobre todo durante los años del siglo XVIII, en las festividades de Cuaresma adquiría la ciudad donostiarra verdadero aspecto de pueblo fervoroso y artista; pues las casas infanzonadas exponían en las fachadas de los palacios sus tapices de gran valor y sus insignias heráldicas, figurando entre aquellas casas la de los condes de Villalcazar, marqueses de Morlara, marqueses de Roca-Verde, la casa de Balencegui, Verois, Amezqueta, etc., etc.

A la procesión de Semana Santa asistían, además de todos los sacerdotes, la comunidad de San Telmo y los Franciscanos del convento de Atocha, que estaba en el mismo solar en donde en la actualidad se levanta la Casa de Misericordia.

Las procesiones donostiarras revestían carácter santo y grandeza propias de aquel tiempo.

Así como, por ejemplo, continúan celebrándose las procesiones en Murcia con las grandiosas imágenes debidas al escultor murciano, el insigne artista Zarcillo; También hasta principios del siglo XIX se celebraron en San Sebastián las procesiones con las imágenes tan admiradas, debidas al célebre escultor, el insigne donostiarra Felipe de Arizmendi.

Todos los *pasos* de Semana Santa de esta ciudad eran artísticos y expresivos grupos, sentidas figuras, con los que tanto realce y carácter adquirirían las procesiones de estos días, y todas ellas eran obras del inspirado Arizmandi.

Los críticos de la época encomiaron grandemente los magníficos trabajos del escultor donostiarra.

Aquellos *pasos* de las procesiones de Semana Santa fueron destruidos por los ingleses, el año 1813.

Muchos años después continuaron en los rincones los restos de la extensa obra escultórica de Arizmendi; hasta que andando el tiempo, ¡empezaron á usarse como leña!... Pero, oportunamente, llegó un día en que un caballero vió algunos fragmentos de esculturas, á su parecer muy notables, y antes de que continuara el trabajo del hacha ó del fuego, recogió cuidadosamente lo que aún quedaba, algunas cabezas, algunos brazos, algunos torsos, y, con muchísimo respeto, que el artista sintió ante la obra de arte, se hizo cargo de todos aquellos *pedazos* y los llevó fuera de España, donde seguramente, se habrá rendido el merecido culto á aquellos fragmentos de la escultura del maestro Arizmendi.

Yo, desde aquí, y al traer á colocación estas remembranzas de nuestro pasado, envío en nombre de los pocos donostiarras netos que quedamos un recuerdo de gratitud á aquel ilustrado personaje que supo arrancar de las garras de la ignorancia los rectos de la valiosa obra artística de nuestro escultor.

Arizmendi, como muchos artistas de mérito, murió tan pobre que acabó sus días en el hospital del barrio de San Martín, allá por los años de 1725.

F. LÓPEZ-ALÉN.

